

á pura fuerza, ó eres infiel á tu marido, ó lo escasperas: y en ambos casos te labrarás tu ruina.

Por eso no me quiero casar con ningun hombre que no sea título y mayorazgo, decia Pomposa: no, en todo caso que sea mi novio rico y con seguridad: pues, que sea por lo menos marqués, y no de aquellos de quienes dice el refran que: *Alas veces en casas de los marqueses, mas suele ser el ruido que las nueces.* No: yo quiero que el marqués que haya de ser mi marido, sea rico y que en su casa haya tantas nueces como ruido, tanto dinero como lujo, y tanta seguridad como gusto, si no, hija mia, ¿para qué es casarme? me quedaré así para lavar corporales ó vestir imágenes, pues bien sabes que la fruta, ó bien vendida ó podrida en el *huacal*.

Pues yo temo que tu fruta se pudra, dijo Pudenciana: porque tú ya no eres muy rica, y los marqueses y mayorazgos no buscan por lo ordinario gracias ni hermosura en las que eligen para esposas, sino dinero por todo, para sostener su ostentoso lujo. Esta es una verdad dura, mas es una verdad que solo puede contradecirla un loco. Si tal no fuera, no veriamos tantas marquesas feas, tontas y sin gracia, al mismo tiempo que vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de recomendables circunstancias, que no hallan un enlace regular.

Sea lo que fuere, ó me caso con marqués rico, ó con ninguno.—Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedó la amigable conferencia de Pudenciana y su prima. Cada una abrazó su sistema, y percibieron el fruto á proporcion, como verá el que lea lo que sigue.

CAPITULO XV.

En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.

PUDENCIANA y Pomposa vivian muy contentas en sus casas: aquella amada y obsequiada de su marido, y esta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana instruida por su padre, y lo que es mas, enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagró enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependia de ella, y este necesariamente la amaba cada dia con mas ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia, porque los dos se amaban con verdad, y escusaban con prudencia toda porfia, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espíritus.

Pudenciana sabia muy bien manejarse como muger amada reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria

que le constituía su inferior: y así jamás le preguntaba adonde iba, ni de donde venía: tampoco investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiría con sus arbitrios; mucho menos se oponía á su gusto para nada, ni disipaba en lujo ni en modas el sudor de su rostro: se contentaba con la decencia á que estaba acostumbrada en su casa, y cuando D. Modesto quería hacerla una gala, solía ella decirle, que no la necesitaba, que tenía suficiente ropa: que no estaba seguro ninguno de los dos de enfermarse, y en este caso mejor sería hallar en el baúl cien pesos, que una mantilla de punto ó cosa semejante.

Con este modo amarraba mas y mas á su marido, quien como hombre de bien nunca abusó de la docilidad ni prudencia de su esposa. Sabía que era su superior, no su tirano: que lo debía obedecer pero no temblar en su presencia, pues era carne de su carne, una misma con él, y no su esclava.

Como los dos conocían cuales eran sus derechos y sus obligaciones, y tenían el talento y la disposición necesaria para no abusar de aquellos y cumplir con estas, se pasaban una vida hartó feliz.

No cooperaban poco los padres de Pudenciana, que no eran de los suegros comunes. Siempre le inspiraban á su hija los nobles y cristianos sentimientos que debían: ella los observaba con su acostum-

brada docilidad, y de este modo hacia la felicidad de su esposo, la suya y la de su familia.

D. Modesto no era rico ni pobre: su comercio le daba lo necesario para mantenerse con una decente medianía, la que jamás faltó en su casa con el auxilio de una tan buena esposa, que no solo sabía ahorrarse de modas y de diges superfluos, sino que sin tocar la raya de la miseria, economizaba todo lo posible, lo que encontraba D. Modesto cuando la urgencia lo pedía.

Dentro del tiempo regular tuvieron un niño que dió á luz Pudenciana con el parto mas feliz. Desde entonces se consagraron los padres á su cuidado, y los abuelos estaban encantados con el nietecito, que era las delicias de toda aquella honrada familia.

Entre tanto, Pomposita se pasaba una vida bien alegre, consentida por sus padres, mimada por las amigas, y lisonjeada constantemente por una chusma de aduladores corrompidos.

Ella se complacía con los rendimientos que le hacían, creyéndolos sinceros; y fiada en su hermosura y en sus gracias, solo trataba de acrecentar el número de esclavos, que así llamaba á sus amantes. Su misma soberbia y vanidad la preservó por mucho tiempo de ser el juguete del amor.

Como no amaba á ninguno, y solo trataba de burlarse de los hombres, creyendo que no había quien

la mereciese, no se hacia cargo del mérito particular de nadie: y así no estimaba á ninguno, aunque *estafaba* al que podia, pues no rehusaba admitir los obsequios que la solian hacer de cuando en cuando. ¡Pobres de los tontos que se sacrifican por conquistar con dones el corazon de una loca presumida! Ellos pagan de contado su necesidad; pero tambien pagan ellas su locura, y á mas precio.

Pomposa, á quien todos conocian por la *Quijotita*, apoyada en el consentimiento de su madre, no pensaba en otra cosa que en pasear, estrenar y perder el tiempo y el dinero.

El bueno de D. Dionisio no sabia negarse á nada de lo que querian su muger y su hija. Como hombre débil y acobardado, condescendia con todas las extravagancias de su familia, y se sacrificaba por complacerla en sus mas ridículos antojos.

El tenia sus aficciones interiores, que no manifestaba por no disgustar á las señoras, y estas pensando que sobraba para todo, no hacian sino pedir, gastar y divertirse; pero ¡cuánto mas nos engañaran las felicidades de la vida si no vinieran siempre seguidas de la pena y de la desgracia! La tristeza llega tras la alegría, y el infortunio pisa la cauda del placer y del contento. Esto nos ha enseñado la verdad misma, y lo vemos todos los dias por la experiencia.

Si los hombres y las mugeres se aprovecharan de los consejos que leen en los libros, ó de los que les dan las gentes timoratas y su propia esperiencia, no se vieran tantas familias desventuradas en el mundo; pero por desgracia, á la hora del placer nadie se acuerda, por mas que se lo digan, de que llegará muy en breve el rato de la pena y la congoja. Tal vez un gusto labra nuestra aficcion perpetua.

La familia de D. Dionisio se dió tanta prisa en disipar, que no fueron bastantes sus bienes á cubrir por mas tiempo aquel grande desórden. Su caudal habia consistido en una tienda mestiza y una hacienda en jurisdiccion de Cuernavaca; pero con la despilfarrada conducta de aquellas gentes vino á adeudarse como en doce años de los réditos de veintiocho mil pesos que reconocia la hacienda, y la tienda ya solo se conservaba en fuerza de contraer todos los dias nuevos créditos: y como ni estos ni otras cantidades que en lo particular habia pedido D. Dionisio para satisfacer los caprichos de su muger é hija, podia pagar, y lo agitaban ya por todas partes los acreedores, al mismo tiempo que estas no cesaban de sacrificarlo, temiendo descubrirse hasta con ellas por no caer en desprecio, tomó la resolucion de abandonarlo todo: y para ello hizo realizar quinientos pesos de efectos con pérdida considerable, y cambió treinta y seis onzas de oro, todo con el

mayor secreto: con el mismo una madrugada hizo ensillar su caballo, y sin mas que su manga, sable, pistolas y sus treinta y seis onzas, salió á las cuatro de su casa, sin decir al criado mas, sino que volviese á cerrar el zaguan.

A las nueve de la mañana que se levantó Eufrosina, preguntó por el amo, y diciéndole el mozo la hora y modo como salió, no lo estrañó demasiado, pues como nunca se habia dado igual caso, no sospechó lo sucedido, y fué á levantar á su hija, con quien á las once se fué á misa, de allí á una visita, y volvieron á las dos de la tarde. Despues de haber descansado y avisadas de estar ya la mesa puesta, preguntó Eufrosina si habia vuelto D. Dionisio, y como supo que no, entró en algun cuidado, lo mismo que Pomposita: sin embargo, como no sabian aun el horroroso abismo de desdichas en que estaban sumergidas, comieron con desahogo, durmieron su siesta, y á las cinco se fueron al paseo. Mas como á su vuelta preguntaran por el señor Langaruto, y se les contestara que aun no parecia, ya no pudieron esperar mas, y para comunicarle el caso mandaron el coche á mi tutor suplicándole pasase inmediatamente. El page sin embargo del encargo que le hicieron de que nada dijera, con palabras á medias dió á entender lo que habia. Mi tutor me dijo lo acompañase, y entrando al coche en un momento estuvimos en la otra

casa, donde encontramos á todos en la mayor confusion; pero mucho mas á Doña Eufrosina que en medio de su desarregladísimo manejo amaba á su marido, aunque no con aquel amor puro y prudente que se deben tener los consortes. Luego que ella vió á D. Rodrigo, con la mayor agitacion le contó lo que pasaba, diciéndole la hora y modo como se salió, por lo que este teniendo en cuenta las costumbres de D. Dionisio y las muchas ocasiones que hay en los juegos y en los bailes, de que los hombres se desafien, infirió que algun duelo lo habria llevado á tal hora solo y con armas: así lo dijo á su cuñada, añadiéndole que en tales casos los hombres solian dejar cartas para que sus familias y amigos se destruyeran, y que por lo mismo era bueno registrar su despacho, para que si algo alusivo se hallaba, con esas noticias proceder á buscarlo con algun acierto. Aprobó Doña Eufrosina, é inmediatamente nos dirigimos al despacho, en donde esta suplicó al coronel, buscarse, porque ella no tenia aliento, y con las piernas temblorosas no pudiendo mantenerse en pié, se sentó en su sofá: mientras yo alumbraba á mi tutor, él buscaba, y Pomposita seguia con sus ojos llorosos las manos del coronel, hasta que encontró un ochavo de papel, en que con mal formados caracteres aunque de mano de D. Dionisio, decia: *Adios para siempre, familia idolatrada: en mi escribanía dejo eecrita la re-*

solucion que he tomado, y los motivos que me impulsaron á ella. Adios, adios.—Langaruto.

No tuvo ánimo mi tutor para leerlo en alta voz, sino que tomándome la vela, fué á presentarlo á Eufrosina. Como Pomposita corrió á ver qué era, ambas se impusieron á un tiempo, y dando un terrible y doloroso grito, cayeron desmayadas. Llamamos inmediatamente á los criados, se encargó á la ama de llaves que cuidara á sus amas, y nosotros fuimos á la escribanía que tenia la llave pegada, y se abrió á presencia de la beata Doña María, que habia hecho D. Rodrigo quedase allí por precaucion, y muy encima de todos los papeles estaban dos cartas, con el sobre, la una: *A mi esposa Eufrosina é hija Pomposita;* y la otra, *Al señor coronel D. Rodrigo Linarte.* Mi tutor guardó la primera, rompiendo la suya que decia así.

Mi estimadísimo hermano y el mejor de mis amigos: una carta que dejo á Eufrosina encargándole la enseñe á usted le instruirá de mi determinacion y las causas poderosas que me la hacen tomar. Yo que por una debilidad vergonzosa no tuve la firmeza necesaria para hacerme respetar y obedecer de mi familia, he ocasionado mi ruina y la suya. ¡Ah y si yo hubiese seguido el ejemplo de usted y sus lecciones! no me veria hoy perdido. No digo mas, porque sé á quien dirijo la palabra, y solo ruego á usted por la sangre preciosa de Jesucristo y por los dolores de su Santisí-

ma Madre á quien tanta devocion ha tenido, cuide de mi familia. Ya Eufrosina no tiene marido, ni Pomposita tiene padre: usted sí, usted animado siempre de una caridad cristiana, cuidará de ellas, y me las socorrerá cuando le sea posible. Si la Providencia divina me volviere algun dia con mejor suerte ál seno de mi familia, yo manifestaré un perpetuo agradecimiento; mas si así no fuere, ese Dios grande remunerador, compensará á usted largamente sus buenas acciones.—Cuando usted y mi amable hermana dirijan sus preces al Eterno, no olviden á este infeliz, que ó va á vivir en miserias á un país desconocido, ó cuanto antes á descender al sepulcro.—DIONISIO LANGARUTO.

Puede considerarse como quedaríamos al escuchar esta carta: ya no encontraba que decir la beata: lloraba amargamente apretándose los dedos y clamando á toda la corte celestial, y mi tutor, despues de un rato de silencio, y diciendo, *es preciso que ella la rompa, para ella es el sobre,* se dirigió para la recámara donde estaban madre é hija, siguiéndolo yo, y no la beata, que hicimos quedara allí para que no fuera á aumentar la afliccion de aquellas señoras. Las encontramos ya en sí, y anegadas en llanto. Procuró mi tutor serenarlas, diciéndoles que todo mortal sabe, á no poder dudarle, que ha ofendido á su Criador, por lo mismo que es merecedor de sufrir en castigo los contratiempos de esta vida miserable, y que muchas veces nos parecian estos mas crueles.

de lo que son en sí: que acaso no podría dificultarse que volviesen á ver pronto á D. Dionisio, de quien habia encontrado en la escribanía dos cartas, una para él, en que remitia á la otra que era para Doña Eufrosina, la misma que aunque hubiera querido guardar por algun tiempo para dársela otra ocasion menes angustiada, el deseo de ver si ella alumbraba para hacer algunas pesquisas de los designios y paradero de su autor, le estrechaban á ponerla como la ponía en sus manos para que la rompiera y leyera. Doña Eufrosina, no quiso tomarla, diciendo no tenia valor para abrirla, y suplicando á D. Rodrigo se la leyese. Todos nos quedamos como estatuas, y mi tutor rompiendo la cubierta con mano trémula, leyó de la manera que sigue.

Mi muy amada esposa Eufrosina: mi idolatrada hija Pomposa.—Yo he amado á ustedes con demasiada imprudencia, y satisfecho sus caprichos en tal manera, que hallado el caso, no solo de agotar mis propios haberes, sino de contraer cuantiosas deudas, que me es imposible pagar. La hacienda está valuada en cuarenta y cinco mil pesos: reconoce veintiocho mil, y debiendo doce años de réditos que ascienden á diez y seis mil ochocientos, solo parecen míos allí doscientos pesos; mas como tengo tomados tres años adelantados de arrendamiento, nada es mio ya, y antes soy deudor del arrendatario. La tienda gira quince mil pesos, debe al comercio veintidos mil, y yo debo en lo particular de

cinco á seis mil pesos; por todo lo que se ve, que debo una cantidad considerable que no tengo de donde sacar, y que urgiendo como me urgen ya bastante los acreedores, que están cansados de mis repetidos plazos con que he podido entrete-nerlos, van ciertamente á embargarme cuanto tengo, pues que ni con muebles de casa, coche, &c. puedo cubrir mis responsabilidades.—No queda á ustedes cosa libre, mas que algunas alhajas que la consideracion de los acreedores quieran dejarles.—Tú, Eufrosina, tienes derecho á quedarte con el hilo de perlas y aretes de lo mismo, que trajiste tuyos cuando nos casamos; y á que te paguen de preferencia los cuatrocientos pesos de los nombramientos de huérfana que cobré tuyos en la Archicofradía del Rosario, y cantidad que hoy debes al consejo que con tiempo me dió nuestro hermano D. Rodrigo, de otorgarte la carta de dote que queda adjunta.—Hijas mías, yo no puedo sufrir el dolor y vergüenza que esto me causa, ni podré soportar el desprecio del público: al ver mi suerte, se reirá con razon de mi necesidad que la ha causado: ni puedo ya ser útil á ustedes en tales circunstancias. Yo las dejo encomendadas á la Providencia divina, y encargadas á nuestro honrado hermano y único amigo D. Rodrigo, á quien encargo den á leer esta para que disponga lo que convenga. El las mirará y auxiliará como padre siempre que ustedes no lo desmerezcan: yo se lo pido en la carta que queda con esta, y que se le mandará al momento: él cumplirá, lo conozco, no lo dudo un momento. Sujétense ustedes á sus consejos en todo, y lograrán ser menos

desgraciadas.—Yo me voy sin direccion alguna, puesto en manos de Dios, y no volveré á veros jamas, si no pudiere algun dia aliviar las necesidades á que quedan reducidas; mi ánimo es acabar mis dias en algñn país desconocido y muy remoto, con otro nombre que no sea el mio.—Ya la hora de mi marcha se llega.... el momento se precipita.... la amargura y el dolor no me dejan aliento.... á Dios, esposa mia, adorada.... á Dios, amadísima hija mia, á Dios, á Dios; ya no volveréis á ver á este infeliz, cuya conducta desarreglada ha sumido para siempre á él y á su familia, indiscreta tambien, en el abismo de la miseria..... á Dios á Dios.....—EL DESGRACIADO DIONISIO.

Tan luego como se acabó de leer la carta volvieron á sus desmayos madre é hija, y duró tanto el de la primera, que fué necesario llamar médico, y que yo fuese en el coche á traer á Doña Matilde, la que impuesta del caso todo, se afligió mucho, pero sin desmayarse, porque prevenida ya por su marido á recibir esos golpes con resignacion, no hizo mas que dirigir á Dios su corazon, rogándole tuviese piedad de sus hermanos y sobrina. A los esfuerzos del facultativo volvió Eufrosina; pero ni ella ni su hija dejaban de llorar, nada casi cenaron, y despues de las cuatro de la mañana fué cuando se quedaron dormidas. Así continuaron hasta las siete que despertó la madre llorando tan fuertemente que despertó á Pomposita: inmediatamente acudió mi tutor y Doña

Sr. Quijotín



Pomposa

Matilde que prodigándoles caricias les decían que era necesario no afligirse tanto, porque el crítico estado de las cosas pedía mucha serenidad para meditar lo que se determinaba respecto de intereses, pues por la persona de D. Dionisio, el coronel había en la madrugada ido á la posta y despachado varios correos con señas de su persona, caballo y vestuario, para que lo buscasen con toda diligencia, y cuando encontrado no pudieran reducirlo á que se volviera, se valiesen de una autoridad para que con pretesto honesto lo detuviesen dando aviso en el momento. Sacaron á las dos de la recámara, y llevadas al comedor se les hizo tomar chocolate, se les dieron algunas ligeras esperanzas, que las aquietaron hasta la hora de almorzar, y luego que pasó un rato despues del almuerzo, tomó D. Rodrigo de la mano á Doña Eufrosina, y echándola el otro brazo encima de los hombros con todo cariño, se la llevó á la sala, y haciéndola sentar le dijo con el mayor agrado.—Hermana mia, á la hora de esta andan por los caminos como quince hombres espertos en solicitud de mi hermano D. Dionisio, por lo que no debemos desesperar de que vuelva; mas aunque esto sea como digo, él mismo ha manifestado á usted en su carta el terrible estado de sus intereses, y que los acreedores están muy cerca de echarse sobre ellos, cuyo golpe acelerarán tan pronto como se evapore esta últim^a

ocurrencia, y este golpe si le coge á ustedes en esta casa les ha de ser muy sensible.

Mi hermano al dar su último paso, me ha hecho el favor de crearme digno de encargarme de la suerte de ustedes, y yo agradeciéndoselo mucho, quiero tener el placer de acreditar que he querido siempre serle útil. En tal virtud, hermana mia, vamos ahora mismo á que se lleven á casa las camas, ropa, y aquellas cosas de ustedes que no puedan pertenecer á los acreedores, y dejemos esta habitacion, supuesto que cuanto en ella hay es ageno, y que ya con buena conciencia nada puede cogerse de lo que en sí contiene. Vamos, hermanita: usted tiene luces bastantes para conocer estas cosas, y no necesito decirle mucho. Vamos, no llore usted, pues esto no es mas que mudarse usted á su otra casa, como que así ha debido considerar siempre la en que yo he vivido, como yo he contado esta por mia desde que usted la habita.— ¡Ay hermano! contestó Eufrosina, y ¡cuánto me parte usted el corazon con lo que me está diciendo! yo todo lo conozco, veo que ello es fuerza, pues que no hay remedio aunque vuelva Langaruto; pero no tengo espíritu para resolverme tan pronto: yo ruego á usted que me deje desahogar, que yo prometo por lo que mas estimo que no pasarán cuatro días sin que nos unamos. A este tiempo entró Doña Matilde con Pomposa, é impuestas de lo que se trataba instaron

ambas á Doña Eufrosina para que fuera todo luego luego; pero ni lo que estas le hicieron presente, ni otras reflexiones muy juiciosas y oportunas que le hizo mi tutor, la hicieron variar de resolucion, y solo ofreció de nuevo que cumpliría su primera oferta. A poco rato nos despedimos repitiendo el coronel á las señoras Langaruto, que le avisaran de cualquiera novedad, ó cosa que se les ofreciera, y de sí habia alguna noticia de D. Dionisio, prometiendo hacer lo mismo por su parte.

En la tarde y otros dos dias siguientes á mañana y noche estuvimos yendo á visitarlas, consolarlas, é instarlas porque se fueran á casa de mi tutor; mas Doña Eufrosina no salia de lo dicho, y la mañana del dia cuarto que por haber amanecido indispuerto el coronel no fuimos, se metieron á las ocho de la mañana un juez, un escribano, algunos acreedores y otro á quien habian nombrado depositario. Tomaron á Doña Eufrosina y á algunos criados declaracion jurada del dia y modo como se habia marchado D. Dionisio, y en seguida fueron entregando todo por inventario al depositario, diciendo en seguida á Doña Eufrosina que en el momento debia salir de la casa con su niña llevándose sus camas, ropa de uso, cofres de ella y unas imágenes que por favor le concedieron, manifestándole que lo hacian los acreedores por generosos, y no porque ella lo merecia, pues

que habia causado en parte la dilapidacion de los bienes.

La infeliz Eufrosina en situacion tan triste, tuvo que implorar el favor de Matilde y el coronel, que la admitieron en su casa como habian prometido, con bastante amor y caridad. Se entiende que ni á ella ni á Pomposita les faltaba que comer ni estimacion, pero sí, los chiqueos y contemplaciones á que estaban acostumbradas. La falta del coche atormentaba á Doña Eufrosina mas que la de su marido, y Pomposita estrañaba las tertulias y visitas de sus adoradores, aun mas que sus antiguas comodidades.

Apenas pasaron tres meses en que fué disminuyendo el llanto y la tristeza, cuando las dos, dizque para disipar la melancolia, comenzaron á recorrer las casas de las amigas, y trataron de establecer una tertulia para entretenerse por las noches.

No le pareció bien al coronel semejante designio, y desde luego se opuso con firmeza. Doña Eufrosina, poco acostumbrada con su marido á semejantes oposiciones, se incomodó altamente, y desde ese dia se turbó la paz que debia haber sido perdurable.

Esta acabó de romperse á causa de algunos señoritos que, perpetuos centinelas de Pomposa, todos los dias, todas las noches y á todas horas rondaban la casa, acechando un descuido para entrar, seduciendo á

los criados y haciendo las acostumbradas diligencias para hablarle dos palabras á la niña.

Luego que el coronel fué advertido por su esposa de los desórdenes que habia en el particular, llamó á solas á su sobrina, y la reprendió seriamente por sus locuras. El resultado fué que Pomposa entró llorando al cuarto de su madre, se quejó con ella del duro tratamiento de su tio, ponderando y mintiendo como le pareció, con lo que consiguió que Eufrosina se irritara con su cuñado, á quien le dijo:—¿qué piensa usted, hermano, que mi hija es huérfana de padre y madre para que así me la maltrate? Si lo hace usted por el rincon y por el bocadito que nos da, por cierto de ello: para nada necesito pan con cordonazo, y con mudarnos noramala está todo compuesto, que á bien que cuando Dios amanece, amanece para todos. Así es, mamá, prosiguió Pomposa: usted no desconfie, que Dios tiene mas que dar, que nosotros que pedir: su providencia vela sobre la conservacion de sus criaturas, y no abandona ni á los pajarillos, ¿cómo nos ha de abandonar á nosotras que somos mejores que los pájaros, segun nos dice donde dice: *multis passeribus meliores estis vos?*

Vea usted, señora, decia el coronel: aquí era buen lugar para hacerle ver la mala educacion que le ha dado á esta niña, y cuanto ella ha sabido imitar los

ejemplos que ha visto, haciéndose una ignorante, presumida y malcriada.....

Poco á poco, señor D. Rodrigo: poco á poco, decia Eufrosina. Sirvase usted de no maltratar á mi hija, y mucho menos en mi presencia; pero ya usted y yo no hemos de hacer migas: lo mejor será quitar el banco. Vístete, niña.

Ninguna persuasion del coronel ni de Matilde bastaron á contener aquel genio intrépido y resuelto. En aquella misma hora se salieron las dos sin despedida, y á la tarde enviaron por sus camas y pocos trastos.

El coronel tenia resolucion: y así, aunque previó las consecuencias de la separacion de su cuñada, no se opuso. Dejó sacar los muebles, y solo se ocupó en tranquilizar á su muger y á su hija, que estaban muy apesadumbradas por el lance.

Doña Eufrosina no se fué á hospedar á parte alguna, sino á visita á casa de Carlota, donde habló del coronel y su familia mil primores. En esta conversacion salió á la plaza la economía del gasto, el mal genio del cuñado, lo chismoso de Matilde, las monerías de Pudenciana, lo ridículo de su marido, las groserías de los criados, y cuanto podia conducir á que Carlota, formando mal concepto de aquella casa, se pusiera de parte de Eufrosina. ¡Qué buena recompensa dió esta á unos deudos que siempre la habian

estimado, y que la estaban actualmente favoreciendo! Pero son otros los agradecimientos que dan las gentes, por lo ordinario, de los beneficios que reciben? Comen, beben, pasean, se divierten, y cuando salen de las casas, se hacen lenguas para descreditar á los dueños en prueba de su noble gratitud. No en balde se resisten muchos para admitir huéspedes, que les aumenten gastos, que se informen de sus interioridades, y que despues salgan á pregonar por todas partes sus defectos y los de su familia.

Carlota, que como se ha dicho, era una dama muy juiciosa, y amaba de preferencia á Matilde, procuró cortar tan odiosa conversacion, preguntando á Eufrosina cuál era su última resolucion, y esta pregunta la hizo con harto miedo, pues temia que aquellas buenas señoras quisieran encajarse en su casa; pero Eufrosina calmó su temor, diciéndole que le comprase ó le enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, mientras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se habia de mudar aunque se viniera el cielo abajo. Carlota ofreció hacer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para la calle.

Cada una de las dos concluyó felizmente su negocio. Carlota vendió bien el hilo; y Eufrosina encontró aunque no casa sola como queria, pero sí una buena vivienda principal en una casa de poca vecin-

dad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envi6 Eufrosina por sus trastos, los puso en su casa: fué á una almoneda, compr6 otros varios muebles, y se habilit6 de la primera criada que encontr6. Luego que estuvo todo corriente, volvi6 á casa de Carlota que le di6 trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le di6 las gracias por su empeño. Carlota no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capitulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

CAPITULO XVI.

En el que se da razon de una estraña aventura que le sucedió á Pomposita.

NADIE debe estrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes cono-

cidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurso de la vida: conocemos y tratamos á muchos sugetos en diversos tiempos y lugares; pero de estos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos su paradero, y de otros no, al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que sustituyen el lugar de los ausentes. Conque si esto es general, el lector, por cosquillozo que sea, nos permitirá que continuemos la relacion de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre, y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades, y adquirieron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y frascas eran continuas. Los trescientos cincuenta pesos que dieron por el hilo de perlas, y ellas creian serian eternos, porque nunca habian conocido la economía, se iban disminuyendo por la posta; pero los cortejos se aumentaban. Era preciso obsequiarlos con café, chocolate, aguardiente, pulque y envuelitos, segun la hora y el gusto de los caballeros. Doña Eufrosina siempre fué obsequiosa y liberal, y no quisiera parecer pobre ni por todo el oro del mundo.

Con tal franqueza no solo se acab6 el dinerito, sino que fueron á visitar el montepío y las tiendas varias alhajitas, tánicos y tápalos del uso necesario.

La necesidad con su cara de diablo ó de suegra,